

La Historia de Caravaca como recurso didáctico

Diego Marín Ruiz de Asín
*Historiador del Área de Cultura y Turismo
Ayuntamiento de Caravaca*

Caravaca conserva en la actualidad infinidad de huellas de su pasado. Esta es una característica común a otras localidades de nuestra región, favorecida especialmente por el poblamiento que albergó a lo largo de milenios, por ello, aunque más abajo veremos el ejemplo de la ciudad de la Cruz, cualquiera de los aspectos históricos o artísticos recogidos en este trabajo, son extrapolables a otros lugares, aunque en cada uno de ellos se deba incidir especialmente en alguno o algunos de ellos, por sus posteriores consecuencias histórico-socio-culturales.

Nada queda ya en la docencia de aquellas formas de enseñar la historia que se limitaba a memorizar listas de reyes y hechos “gloriosos”. La historia debe servir para conocer, en cada momento, cómo era la sociedad de una época determinada, con la conciencia clara de que nuestro presente no es sino consecuencia de nuestro pasado. Por ello nada mejor que no contemplar nunca una cultura

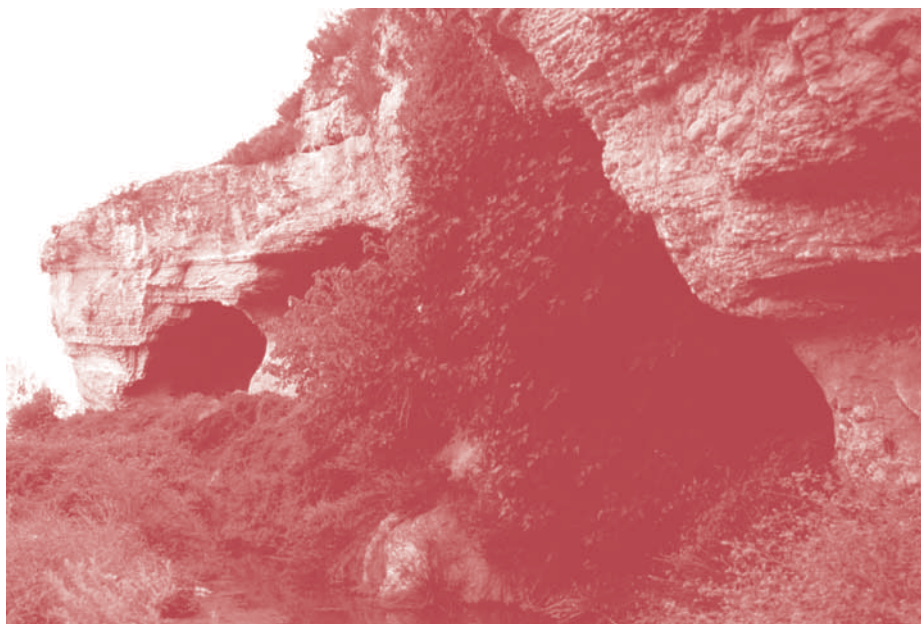
de forma aislada, sino en relación con las que la preceden y las coetáneas.

Como ejemplo podemos aprovechar el complejo arqueológico de la Encarnación. En un radio de dos kilómetros encontramos restos arqueológicos de un periodo de más de 40.000 años. La Cueva Negra, hábitat con restos del hombre de Neandertal, nos lleva a las sociedades cazadoras y recolectoras, con una organización social muy

extraños los cérvidos como el reno, osos y rinocerontes.

La entrada del homo sapiens queda reflejada por la desaparición de los restos neandertalianos y por un vacío que tuvo como posible causa un gradual cambio climático que obligó a un nomadismo más acentuado al reducirse los recursos naturales. La siguiente etapa, a unos 500 metros de la Cueva Negra es la Placica. Es uno de los yacimientos

neolíticos mejor conservados, en el que se observa ya un asentamiento estable, lo que indica que el cambio a una sociedad agrícola ya se ha producido, con las consecuencias que ello conlleva. De la Placica procede la diadema de oro del Museo Arqueológico



sencilla, a veces matriarcal, poco organizada, propia de las sociedades preagrícolas y morando en un entorno bien distinto del actual, con una mayor pluviosidad, propia de una etapa postglacial, lo que implicaba una vegetación mucho más abundante y una fauna, para nosotros exótica, en la que no eran

Nacional, diadema que evidencia la existencia de una jerarquía y, por tanto, de una sociedad mucho más compleja que la del Paleolítico. El aprovechamiento didáctico que surge de la comparación de estas dos sociedades (Cueva Negra- La Placica) es bastante evidente.

Pero no nos detengamos. En

dirección norte y en dirección sur nos encontramos, a ambos lados del río Quipar, dos poblados ibéricos en excelente estado de conservación: los Villares y los Villaricos. Los recintos amurallados, lo primero que se observa y lo que más destaca, nos ponen en contacto con unas poblaciones que ya mantienen relaciones permanentes con otros núcleos “urbanos”, relaciones que frecuentemente son belicosas lo que obliga a la fortificación de los poblados. El tamaño y el trazado urbano nos hablan de aglomeraciones de cierta importancia. Los restos arqueológicos, especialmente la cerámica, indican el avance de la técnica (introducción del torno) y la influencia de las grandes culturas orientales, especialmente la púnica y griega. De influencia púnica son los exvotos hallados en lo que debió ser un centro cultural ibérico. Pequeños fragmentos de cerámica ática nos aportan datos sobre el comercio que las clases dirigentes mantenían con las zonas colonizadas de la franja costera mediterránea. Lo que se ve reflejado de manera clara en las decoraciones pintadas y en los escasos restos escultóricos hallados en la zona.

Y esa influencia se transforma en protagonista con la ocupación romana, muy temprana en esta región, siglo III a.c. La romanización cubre con su manto todo lo anterior, adaptándose y asimilando ideas, pero pasándolas por un tamiz propio. El santuario ibérico se romaniza muy pronto y sobre el primer templo se erige en el siglo I uno nuevo, que la tradición dice dedicado a Venus, de grandes proporciones y del que hoy quedan abundantes restos.

Pero la romanización no produjo solamente más y mayores



restos arqueológicos. Supuso, sobre todo, la inserción en una sociedad altamente organizada y de un ámbito mediterráneo. La implantación, con Augusto, de un periodo de paz que duró siglos, implicó un aumento de la población, que además dejó de estar encerrada en núcleos amurallados, para extenderse por las vegas de los ríos Argos y Quipar en infinidad de villas, algunas de destacada riqueza. La explotación sistemática del suelo, en este caso la agricultura, da lugar a las primeras muestras de industrias agroalimentarias. Si en la costa son frecuentes las factorías de salazones, *garum*, en el interior almazaras y bodegas de vino fueron su equivalente. Muestra igualmente de la existencia de la “gran propiedad”. Sin embargo este progreso llevaba aparejadas las desigualdades. Es preciso recordar

que el trabajo en el mundo romano estaba desarrollado en buena parte por mano de obra esclava. Tal vez podría recordarse que la esclavitud estaba tan asumida que el propio apóstol Pablo indica a sus fieles que deben tratar a sus esclavos como hermanos, pero no cuestiona la existencia de ésta. Aún estaban muy lejos los derechos humanos, pero aquí tenemos una muestra evidente de que la historia debe juzgarse desde el punto de vista de la época estudiada, no desde el presente.

Si la romanización fue un hecho vital, al incluir la península dentro de un estado de ámbito continental, la implantación de una cultura uniforme desde Siria a Hispania, sirvió de base a un hecho trascendental: la expansión del cristianismo.

El mundo antiguo (romano-cristiano) va a perdurar hasta principios del siglo VIII. Si bien en

Caravaca los restos paleocristianos se reducen a algunos fragmentos cerámicos, no hay duda de que el poblamiento se mantuvo en estos siglos, con seguridad dentro de la diócesis episcopal de Begastrí. Hasta la invasión musulmana, hecho que por romper la unidad y el modo de vida antiguo supuso el principio de la Edad Media, la población romanizada y luego cristianizada sufrió un cambio en su modo de vida al desaparecer, poco antes de la caída del Imperio Romano de Occidente, la *pax romana*. Las primeras invasiones de los pueblos bárbaros obligaron de nuevo a la población a refugiarse tras fuertes murallas, como se puede ver en el cerro de Archivel o en el mismo Begastrí. Esta situación de inseguridad permanente se prolongó bajo el dominio visigodo al pasar una buena parte del sur peninsular a manos del Imperio Bizantino, también la zona de Caravaca, por supuesto.

No se conocen restos en Caravaca del largo periodo que va desde el siglo V al XII, tal vez el pobla-

miento continuado en las mismas áreas ha ido borrando las huellas de estas centurias; con seguridad no existía un núcleo de población importante en el siglo VIII, pero es de suponer que la comarca estuvo incluida en los territorios sometidos al conde Teodomiro y por tanto los cambios debieron ser muy lentos y poco significativos individualmente hasta el siglo X. Quizás se pueda suponer que estas poblaciones, de marcado carácter rural, por tanto mal cristianizadas, se islamizaron con facilidad en los primeros siglos de dominio musulmán.

Tras la caída del califato de Córdoba se produjo un permanente período de inestabilidad que, de nuevo, debió obligar a la población a concentrarse y protegerse. ¿Es este el momento en el que surge el núcleo de la actual Caravaca? Es posible que en esta época se fortificara por primera vez el cerro del castillo. Quizás no fuera del todo ajeno a ello el establecimiento de pobladores beréberes que, como en el caso de Cehegín aportaron hasta el nombre de la población

(Sinhaya), lo cierto es que desde estos años el nombre de Caravaca, aunque prerromano, se asociará ya siempre con el hábitat en torno al castillo.

Los pobladores, creo que totalmente islamizados, sin pervivencia mozárabe en esta comarca, ocupaban también buena parte del amplio término de Caravaca, refugiándose en ocasiones en cortijos amurallados como el excepcionalmente conservado de Torre Mata, y dedicándose a una agricultura extensiva en la que el cereal y el olivo ocuparían buena parte de la producción aunque, eso sí, manteniendo la principal actividad hispana: la ganadería, en este caso la de la oveja merina que, a partir del siglo XVI proporcionará pingües beneficios a los oligarcas caravaqueños.

Los dos datos documentales más claros sobre la Caravaca islámica son anecdóticos, como es lógico al estar insertos dentro de obras geográficas de autores musulmanes. El primero, de 1165, hace referencia a agua de





¿las Fuentes?, el segundo cita a la población como cuna del poeta Abul Hasan al Abbas al Caravaquí.

Esta total inserción de los pobladores en el mundo musulmán nos da pie a tratar de entender la rapidez y amplitud del proceso de islamización, ya que son los hispanorromanos anteriores los que abandonan un mal asimilado cristianismo, tal vez impulsados por las ventajas sociales y fiscales del Islam, pues las aportaciones de invasores, tanto árabes como beréberes, no debieron ser significativas hasta bien entrado el siglo XII.

Y en esta situación, con un castillo bien fortificado y una población agrupada en pequeños núcleos por todo el término, llega el momento en el que el monarca Hudí de Murcia, de acuerdo con la mayoría de los arraeces de las fortalezas, se somete al dominio castellano.

Es a partir de este momento, mediados del siglo XIII, cuando empezamos a conservar restos arqueológicos y documentales de indudable valor didáctico. La propia fortaleza, incluido el santuario, nos va a mostrar la permanencia y reutilización de una edificación

islámica por los conquistadores castellanos, su alto valor funcional, durante los 250 últimos años de la Edad Media, dado su permanente carácter fronterizo, hacen de ella una construcción que mantiene plenamente su utilidad a lo largo de tres siglos. Así conservamos un trazado de la muralla de la fortaleza que en gran parte puede ser anterior a la

reconquista, aunque sus materiales son de diversas épocas: tapial del siglo XIV en la torre Chacona; sillarejo del XV entre esta torre y la del Mirador; obras de cal y canto desde el mismo siglo XV hasta el XIX; una muestra de construcción militar dieciochesca en el espolón norte; etc.

Pero quizás sea más interesante la cristianización del castillo. En fecha sin determinar, pero muy temprana, se utiliza una de las torres de la fortaleza como capilla y en ella se rinde culto a la Vera Cruz. Tal vez a partir de 1266, y bajo la orden del Temple, se edificó la primera iglesia de Caravaca: Santa María del Castillo, dentro de la fortaleza.

La repercusión de esta cristianización es grande. El incremento del culto a la Vera Cruz ya en su

época medieval, produjo una muy alta valoración de su capilla, que creció a lo largo de los siglos y que fue la causa, ya a partir del siglo XVII, de que se conservara, en el estado que hoy vemos, la fortificación militar, de igual modo que la catedral de Córdoba ha sido la causa de la conservación de la mezquita. Ello nos permite confirmar la mentalidad, casi inexistente hasta fechas recientes, de conservación del patrimonio histórico-artístico. Se mantenía lo que era útil, sin valorar su contenido artístico o su trascendencia histórica.

Y el culto a la Vera Cruz, una reliquia de origen bizantino llegada a Caravaca en el siglo XIII, es el motivo principal de esta conservación, pero exclusivamente por su carácter religioso y por haber suscitado una leyenda en la que uno de los principales protagonistas era el rey moro Ceyt Abu Ceyt.

De otro lado el trazado urbano de Caravaca medieval, constreñido por unas murallas, necesarias pero limitadoras, unido a la visión en el horizonte, hacia el sur, de las dos torres vigías del siglo XIV, nos



acercan a la vida de frontera, vida muy dura, marcada por el peligro constante de una frontera no definida que obliga a los pobladores de Caravaca, como a los de otros pueblos, a restringir la tierra cultivada a las más cercanas al castillo, que limita el crecimiento del comercio, y todo ello en un ambiente de incultura, hacinamiento doméstico y dependencia de los factores climáticos que son el caldo de cultivo ideal de hambrunas y epidemias como la de Peste Negra que, de forma recurrente, asolará Europa hasta bien entrado el siglo XVII.

A mediados del siglo XV, y tras larga permanencia de Caravaca en la Orden de Santiago, la villa se convierte en una muestra más de las luchas nobiliarias contra la débil monarquía de Juan II y Enrique IV, pasando a manos de Alonso Fajardo, “el Bravo”, por un corto y agitado periodo de tiempo que dio como fruto histórico y artístico una larga carta escrita en Caravaca por Fajardo al rey Enrique, que constituye uno de los primeros y mayores monumentos de la literatura castellana del Renacimiento.

Y tras este periodo, las últimas

décadas del siglo XV van a suponer un cambio radical en el modo de vida y sociedad de la villa. El establecimiento de la Caballería Villana confirma a los potentados locales como clase dirigente, la misma que recibirá la mejor parte de las tierras del amplio término de Caravaca cuando los Reyes Católicos, de una manera definitiva, alejan la frontera granadina al conquistar Huéscar en 1488, lo que, al fin, permitió, ya sin peligro, la expansión de cultivos y pobladores asentando las bases de la sociedad del siglo XVI.

